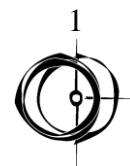


Presentación

Miguel Ángel RUIZ CARNICER
Universidad de Zaragoza

El largo camino transitado ya por la historiografía sobre el régimen franquista hace que los historiadores se replanteen periódicamente algunos temas que estuvieron en la arena del debate desde el principio –como el tema de la naturaleza política del régimen o la procedencia y características de su personal político– y que surjan otros nuevos como su análisis comparado con otros regímenes (y no siempre los fascismos italiano o alemán), o se estudie su segunda fase, indagando en las bases sociales del tránsito hacia la democracia o se incida más en los aspectos de consentimiento de la población que en la represión, mucho más asentada como objeto de análisis.

Estos debates ponen también de manifiesto que, a pesar de esa gran masa de trabajos desde los años ochenta –y los previos–, hay muchos aspectos que aún falta analizar; no tanto sobre la política de élites, los encontronazos de las familias políticas, los cambios gubernamentales y los intentos de modificaciones legales buscando siempre la supervivencia, sobre los que se ha escrito mucho, sino una dimensión más de abajo arriba; y hace falta formular unas preguntas diferentes a las que nos hacíamos hace un par de décadas. Esta tendencia, que no es ajena al aporte de nuevas generaciones de historiadores, nos ha llevado a plantearnos, al hilo de una serie de investigaciones abiertas, el tema de la participación en el régimen franquista, sin dejar de lado el problema teórico de mezclar dos palabras tan difíciles de casar como “fascismo” y “participación”. Nos interrogamos por la amplitud del término y sobre todo por el grado de necesidad que puede tener el franquismo de un tipo u otro de colaboración a lo largo de sus diversas fases. Este tema de la participación ha sido y es tocado de forma incidental por muchos trabajos, pero no objeto de reflexión directa hasta los últimos tiempos¹. Al abordarlo, existe el riesgo de dar credibilidad a la propia retórica del régimen, que siempre intentó presentarse a sí mismo como la expresión de la voluntad de los españoles alzados el 18 de julio, como afirmación social y política de una mayoría, luego bendecida por la victoria militar y el primitivo derecho del vencedor a delimitar el nuevo marco político y social. Hay muchos aspectos que pueden ser abordados como parte de esa *participación* dentro de un régimen que pertenece al tronco de los fascismos y que a la vez cuenta con una larga evolución en un contexto muy diferente al de los años treinta y que lo hace tipológicamente difícil de analizar.



1. Algunos trabajos en este sentido con carácter muy reciente son los de Claudio HERNÁNDEZ BURGOS, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2013, y más centrado en el tema de las actitudes sociales, Miguel Ángel DEL ARCO, Carlos FUERTES, Claudio HERNÁNDEZ BURGOS y Jorge MARCO (eds.), *No sólo miedo, actitudes política y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977)*, Granada, Comares, 2013. Véase también el conjunto de trabajos recogidos en el volumen de Giulia ALBANESE y Roberta PERGHER (eds.), *In the Society of Fascists: Acclamation, Acquiescence and Agency in Mussolini Italy*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012. Esta última obra intenta reflexionar globalmente sobre la evolución de la discusión sobre el grado de coerción y consentimiento que experimenta la población –y por lo tanto sobre el grado de participación e implicación– en los fascismos europeos y en el régimen mussoliniano en particular.

Se trata de ver cómo el régimen articula dentro de su retórica, pero también en la práctica, los modos posibles de participación, que dependen de la propia agenda cambiante del régimen. Inicialmente, el franquismo comulga con los delirios organicistas del fascismo de primera hora: desde la comunicación con el líder en el nivel simbólico, como parte de una identificación mitificada propia de una religión política, hasta el encuadramiento más o menos voluntario dentro de las secciones del Partido único en su peculiar evolución. Así lo pone de manifiesto el trabajo de David Alegre que parte de la experiencia fascista de entreguerras para bucear en la construcción de los mecanismos de identificación y mitificación en las formas de participación de la comunidad nacional idealizada contrastada con una realidad de represión y supresión de la voz de la sociedad.

La articulación de la participación –real o aparente– se hace a través de las instituciones, y lo que persigue Miguel Ángel del Arco Blanco es analizar el personal político de las instituciones del régimen, como los ministerios, los gobiernos civiles y los ayuntamientos, para así sacar conclusiones sobre el grado de fascistización del régimen y las características de su clase política a distintos niveles, midiendo así también la participación de sectores políticos y económicos en los mecanismos de la toma de decisiones de la dictadura.

Cuando el franquismo necesita metamorfosearse con el entorno como forma de subsistencia, intenta buscar –sin modificar el discurso– mecanismos que formalicen la participación política; así se hará con los *referenda* de 1947 y 1966, pero también con la serie de elecciones sindicales, municipales y singularmente a procuradores por el tercio familiar desde 1967, como forma de dotar de contenido esa participación de la que se presumirá retóricamente. Este análisis lo realiza Carlos Domper desde una perspectiva comparativa internacional y de forma novedosa, contrastando la práctica de la dictaduras ibéricas en este sentido con la de los países del Este europeo, que también utilizan mecanismos electorales y representativos en un contexto ajeno a la democracia liberal, propiciando así una visión de la participación política en entornos no democráticos en el contexto de la guerra fría.

El debate sobre la representación ciudadana y el acceso a la participación en tareas de decisión y gobierno se agudiza en los años sesenta, en pleno proceso de puesta en entredicho del modelo de representación política liberal en los principales países de occidente desde los movimientos sociales y populares y en el ámbito internacional por la fuerza que el movimiento de los países no-alineados toma mientras las superpotencias experimentan un fuerte desgaste de imagen; en ese sentido, Miguel Ángel Ruiz Carnicer se detiene en los proyectos de grupos de falangistas independientes, que se presentan como “izquierda nacional” y que van a intentar conformar un proyecto de futuro de la dictadura en una época ya declinante del régimen, cuando se busca la institucionalización con la discusión y aprobación de la ley Orgánica del Estado; un proyecto basado en el aumento de la participación política y en la búsqueda de una alternativa a la democracia liberal que aúne nacionalismo y socialismo y que hace que reparen en los países emergentes mientras se mantiene un discurso crítico con el modelo norteamericano.

En una línea convergente con esta temática, es realmente significativo el papel de algunos pensadores del mundo intelectual falangista, integrados en un Instituto de Estudios Políticos que siempre funcionará como justificador del régimen y definidor de nuevas formas de reproducción de los valores de los alzados el 18 de julio. Ese es el caso de la figura de Rodrigo Fernández-Carvajal, al que Nicolás Sesma nos acerca. Este miembro de la intelectualidad falangista intenta en los últimos años sesenta resituar y

recontextualizar al régimen franquista dentro del panorama internacional incluyéndolo en la dinámica del bloque de no alineados e incidiendo en una visión del régimen como adelantado a su tiempo, que deja de lado las formas *superadas* de democracia liberal. Destaca su intento de hacer del conjunto de leyes fundamentales del régimen una Constitución, asimilando el peculiar sistema institucional español a un estado de derecho con plena legitimidad representativa.

En todo caso, es sabido que el régimen fue incapaz de establecer ni una mínima regulación de asociaciones políticas, perdida en un patético y extenuante debate que muestra la dificultad de arbitrar ni siquiera una mínima fórmula participativa que diera cauce formal de expresión política al aparente consentimiento de los ciudadanos españoles desde los años sesenta al régimen cuando el hambre y la miseria habían quedado en buena medida atrás, y el oropel del desarrollismo prometía un futuro menos lóbrego que el pasado inmediato.

Muchas otras cuestiones deberán analizarse con más detalle de lo hecho hasta ahora, como las fórmulas de normalización política de los años cincuenta que se reafirman en el carácter católico del régimen y en una participación articulada a través de las clases medias y la familia, como ideal católico de participación al margen de la inorganicidad de los partidos políticos.

En ese sentido, el conjunto de trabajos que configuran este dossier no intenta presentar una panorámica completa ni plantear una discusión conclusiva, sino precisamente mostrar la amplitud del trabajo pendiente sobre el fascismo en general, sobre su concreción en el caso español con su correspondiente deriva y evolución ulterior, todo ello desde una pluralidad de acercamientos al tema de la participación política en el franquismo.

